

TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



¿Al borde de una crisis?

Sostiene el reconocido profesor de la Universidad de Salamanca, Manuel Alcántara Sáez, que aquellos países que se encuentran en vías de consolidación democrática viven permanentemente al “borde de una crisis de gobernabilidad”, es decir, en la antesala de una situación de incapacidad de las instituciones de gobierno de responder a las necesidades y demandas de los ciudadanos.

“Pueden definirse los países en vía de consolidación democrática como aquellos que han asentado los procedimientos democráticos y que, sin embargo, presentan dificultades (enmarcadas bajo el signo de la incertidumbre) para traspasar el umbral de los sistemas democráticos consolidados. Esto es debido a peculiaridades propias de la forma en que se llevó a cabo la transición desde el régimen no democrático anterior, a problemas graves derivados de la falta de eficacia de sus distintas instituciones y a una notable inestabilidad en su percepción de legitimidad”.

Sin duda, la característica más relevante de nuestra transición fue la ausencia de pactos entre las distintas fuerzas y actores políticos para transitar hacia un nuevo régimen político. Estos pactos si tuvieron lugar en otros países, de manera señalada fue el caso de España. Pero en México nunca hubo acuerdos fundacionales para un nuevo orden político-institucional. Al parecer las reformas electorales suplieron a los grandes pactos y guiaron el proceso de cambio. Hoy estamos pagando las consecuencias de no haber hecho nuestro tránsito a la democracia a partir de cimientos sólidos. El costo se traduce en la imposibilidad de concretar la consolidación del nuevo régimen.

La crisis de gobernabilidad se asoma permanentemente a nuestra vida pública. Los hechos de Atenco, el caso de Oaxaca, la inseguridad pública que mantiene en vilo a nuestra sociedad, por mencionar los temas más estridentes, son evidencias de

que vivimos al “borde de una crisis de gobernabilidad”. Pero sin duda, dichos acontecimientos ligados a la forma en como concluyó la elección presidencial nos dan un escenario sumamente preocupante y complejo en el futuro inmediato.

Felipe Calderón deberá tomar posesión en unos días, pero hasta ese hecho simbólico y formal se encuentra en disputa. Calderón asumirá la presidencia con el porcentaje de votos más exiguo de nuestra historia: 35.89%. Además, enfrentará una situación de gobierno dividido, donde los congresistas de su partido no cuentan con la mayoría absoluta en ninguna de las dos cámaras. Pero sin duda la dificultad mayor proviene de la oposición encabezada por Andrés Manuel López Obrador, quien será investido el próximo 20 de noviembre como “presidente legítimo”. El factor López Obrador será el reto más importante para el gobierno de Felipe Calderón. Sobre todo por el nivel de beligerancia y de confrontación que le imprimirá AMLO a su gobierno alterno. Una buena proporción de la sociedad permanecerá con la convicción de que Calderón es un presidente espurio.

Es difícil creer que la publicación en primera plana de la réplica del recinto del Congreso que hizo este lunes 13 de noviembre el diario Reforma, no tenga relación con la estrategia que una fracción del PAN ha confeccionado para resolver el problema que le plantea el PRD a la toma de posesión del 1 de diciembre próximo. O se trata de un mensaje de fuerza de que el Estado Mayor Presidencial está presto para actuar al interior del recinto legislativo o de que la réplica del Congreso en Los Pinos es una sede alterna para llevar a cabo la investidura presidencial.

El PRD ha dado a entender que no permitirá la toma de posesión de Calderón. Se trata de una estrategia congruente con la denuncia y acciones que

ha llevado a cabo después del 2 de julio al valorar que hubo fraude en las elecciones. Además, guarda correspondencia con lo que hicieron para impedir que Vicente Fox leyera el último informe de su Gobierno en San Lázaro.

El PAN debería de leer en esa dirección la posición perredista. Por ello, sería loable que siguieran una estrategia moderada para enfrentar la situación. Además, a través de Manuel Camacho y los líderes de las fracciones en ambas cámaras, Javier González Garza y Carlos Navarrete, el PRD ha mandado el mensaje que ese día culmina una etapa de protestas y que a partir del 2 de diciembre están dispuestos a seguir una estrategia de negociación y acuerdos con las otras fracciones para avanzar las reformas de gran calado que el país requiere. Por eso sería lamentable que en estos momentos se impusiera la corriente más dura y beligerante del PAN. Mandar un mensaje a la oposición perredista para negociar las acciones del 1 de septiembre sería realmente una estrategia de primer nivel. ¿A qué me refiero? A que el PAN pudiera estar dispuesto a aceptar una negociación con el PRD para la toma de protesta. Negociar significa ceder: Pudieran aceptar, por ejemplo, que el presidente saliente Vicente Fox no participara en la ceremonia. Legalmente su presencia es prescindible. A cambio, podrían pedirle al PRD que no impidiera la ceremonia, y que encauzaran sus protestas al interior del recinto, sin tomar la tribuna.

Sé que parece imposible, pero no me queda duda que vamos hacia un enfrentamiento que pudiera contaminar la posibilidad de acuerdos entre las fuerzas políticas en el corto y mediano plazos. En estos momentos los operadores políticos de Felipe Calderón tienen que tomar el toro por los cuernos; ya vimos que los del Presidente viajero no lo supieron hacer a lo largo de 6 años. Las crisis representan también oportunidades para el surgimiento de grandes liderazgos.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del departamento de estudios de administración pública del Colegio de la Frontera Norte.